

## II. NOTAS

### GABRIELA MISTRAL: REFLEXIONES SOBRE LA MUJER

*Ana María Cuneo*  
Universidad de Chile

Hace cincuenta años, en diciembre de 1945, se otorga a una escritora latinoamericana, Gabriela Mistral, el Premio Nobel de Literatura. Un hecho insólito si se recuerda el origen de la autora y las posibilidades concretas de formación a las que pudo acceder en su infancia y adolescencia.

Su tierra, un pueblo interior del Valle de Elqui..., sus maestros, una hermana, profesora primaria de dicho pueblo. Una formación que se basa fundamentalmente en lecturas realizadas sin orientación alguna. Lo demás una aguda inteligencia y una sensibilidad poderosa.

Premio Nobel para una mujer... y ¿qué piensa ella sobre ser mujer? Para abrir una reflexión sobre el problema observaré algunos de sus artículos que desarrollan el tema, artículos tempranos escritos en los años 1927, 1928 y 1939. Artículos en los cuales el tono es el de ser actos de comunicación de una voz femenina que despliega su preocupación por el rol de la mujer en la sociedad de la época.

Sin embargo, antes de presentar algunos de sus pensamientos concretos sobre la mujer, mi reflexión se centrará brevemente en un rasgo específico y peculiar de su forma de expresión, el de la oralidad. Sin pretender probar en esta comunicación que ello sea una nota propia del discurso femenino, pienso que en la Mistral lo oral es el rasgo que define más adecuadamente su forma de expresarse desde la mujer.

\* \* \*

En “el pan nuestro de cada día” de Gabriela Mistral estaba, sin duda, incluida la posibilidad de comunicación con los otros... su Dios, los seres humanos e incluso las bestezuelas.

Acción que llega a cumplimiento pleno en su obra creadora. Acción que se cumple también en su tarea pedagógica, conferencias, artículos y cartas, pero que encuentra una forma más concreta, humilde y experiencial en su vida en el simple acto de conversar.

Los que la conocieron recuerdan esas veladas en su casa, sus múltiples casas repartidas por el mundo a causa de su condición errante, veladas en que se acogía al que traía noticias de la patria, al que venía a pedir favores de los más diversos, pero en las que ocupaba un lugar privilegiado el amigo. Con éste, las conversaciones se prolongaban a veces hasta altas horas de la noche, concretando el maravilloso misterio de la comunicación profunda entre los seres humanos... hecho que ella llamara tan bellamente “la noche hablada”.

¿Por qué invitarlos hoy a imaginar estas horas? Porque eso es lo que me sugieren la mayor parte de los escritos mistralianos. No niego su carácter escritural, pero no

puedo leerlos sin comenzar a escuchar una voz que realiza el antiguo menester oral de contar.

Primero, le contaba su madre los seres del mundo, para poblar su mente no de nombres, sino de cosas.

En un hermosísimo texto, Gabriela Mistral comenta e interpreta el resultado de la acción del contar de su madre en su mente infantil:

“A fin de que mis manos tomen posesión concienzuda y fina de los tactos de las cosas y se me individualicen cabalmente las lanas, los espartos, las gredas, la piedra porosa, la piedra-piedra, la almendra velluda, la almendra leñosa, etc..., y muchísimos cuerpecitos más en las palmas conscientes”<sup>1</sup>.

Fue también oral su primera aproximación a la Biblia. Su abuela paterna se sabía de memoria el Antiguo Testamento y se lo hacía repetir con su media lengua. La Biblia que ella reconoce como su primera fuente de aprendizaje y que permanecerá para siempre en su alma y su decir.

Su formación literaria infantil se completa con los cuentos folclóricos escuchados a dos o tres viejos de aldea.

Estos hechos explican la presencia de lo que podríamos llamar oralidad residual, siempre presente en su escritos. Oralidad que surge prioritariamente de voces de mujeres que ejercen en su vida la acción de contar las cosas del mundo y las que pertenecen al misterio de la relación con lo divino. Lo oral añade al texto valores. Así, para Gabriela, lo coloquial, la lengua conversacional es el medio para penetrar y formar la mente y el corazón del niño; llega a decir:

“Por entrar a los libros a los diez años contando ya con una muchedumbre de formas y siluetas legítimas a fin de que no se amueble el mundo de nombres, sino de cosas”<sup>2</sup>.

Cuando llega el momento de escribir artículos periodísticos, cartas, oficios y prólogos, la oralidad penetra estos textos y es así que sus artículos están escritos desde un yo; Gabriela Mistral, que se dirige a un tú, lector, que no por indefinido resulta menos concreto, las cartas y oficios tienen, como es natural, un destinatario totalmente configurado, pero en el caso de Mistral el discurso se ve constantemente interrumpido por la introducción en el texto de dicho destinatario.

Un caso notable en cuanto a la presencia de lo oral es el Prólogo al libro de Eduardo Frei Montalva *La política y el espíritu*. Un texto largo que va comentando las ideas del amigo, opinando e incluso criticando. Texto que no es un monólogo, sino casi un diálogo. La fuerte presencia del receptor, constantemente aludido en ocasiones parece invitado a nuevas argumentaciones e incluso a replicar. No hay la convencionalidad, ni el distanciamiento propio de este tipo de textos, el de los prólogos, sino el calor de la conversación con el amigo, al punto de reconvenirle en su tono de maestra, el no haber tocado el tema del voto femenino.

No es azaroso, por tanto, que varios de sus artículos reciban la calificación de “recados” en el título. Género que la autora define a su modo en las Notas del libro *Tala*, diciendo que los recados están tocados por lo temporal y menudo y que tienen todavía el revoloteo del ritmo del poema que se ha estado escribiendo.

<sup>1</sup>Gabriela Mistral, “Infancia rural”, 1928. En: *Magisterio y niño*. Recopilaciones de Roque Esteban Scarpa, Santiago, Andrés Bello, 1979, pág. 57.

<sup>2</sup>*Op. cit.*, pág. 57.

“estos recados llevan el tono más mío, el más frecuente, mi dejo rural en el que he vivido y en el que me voy a morir”<sup>3</sup>.

Aprontémonos entonces a escuchar su dejo rural, su tono más suyo desplegando algunas reflexiones sobre la mujer y el feminismo desarrolladas en algunos artículos publicados entre 1927 y 1939<sup>4</sup>. Hay en ellas la vieja sabiduría que nos lleva a repensar cosas que damos por resueltas y que tal vez nos induzcan a rectificar caminos.

Los problemas relativos a la mujer, tratados en estos textos, son fundamentalmente los que se refieren al trabajo remunerado, a la visión de la cultura de la mujer latinoamericana y a la defensa del voto femenino.

“La entrada de la mujer en el trabajo, este suceso contemporáneo tan grave, debió traer una nueva organización del trabajo” (pág. 253) piensa la autora. Las feministas miran el hecho como un momento triunfal y la mujer, en general, ha querido ser incorporada, no importa a qué. Para Gabriela “no hay para mí tal entrada de vencedor romano” (pág. 253) y más adelante afirma:

“La brutalidad de la fábrica se ha abierto para la mujer, la fealdad de algunos oficios (...) profesiones sin entraña espiritual (...). Antes de celebrar la apertura de las puertas, es preciso examinar qué puertas se abrían y antes de poner el pie en el universo nuevo de las actividades femeninas había que haber mirado hacia el que se abandonaba” (pág. 253).

Le parece extraordinaria la labor de la mujer como médico, abogada de niños, profesora de la Universidad, pero rechaza la idea de la mujer limpiando vías de trenes, conduciendo tranvías o haciendo el servicio militar.

La Mistral no cree en la igualdad de los sexos:

“No se verifica en vano el delito de llevar un cuerpo estría a estría para la misericordia o la maternidad hasta las hediondas usinas o hasta el puesto de vigilancia del gendarme. El ordenador invisible existe, el legislador de la economía humana que se quedó escondido, pero que grabó su ley en la línea del pecho de la mujer, en su ojo húmedo, en su mano delgada” [...]. “La mujer debe buscar su oficio dentro del encargo que trajo al mundo”. Un encargo que está escrito en todo su cuerpo”. (259).

Ella ve a la mujer incorporada al trabajo remunerado en tareas que tienen relación con el niño directamente; o, que pueden ser realizados como industria doméstica a la cual habría que organizar adecuadamente e incluso darle proyección internacional. Piensa que hay trabajos artesanales que llamarían profundamente la atención en Europa y que podrían ser comercializados.

Ve a la mujer trabajando:

“cerca del niño o de la criatura sufriente, que también es infancia por desvalimiento. Sus profesiones naturales son la de maestra, médico, enfermera, directora de beneficencia,

<sup>3</sup>Gabriela Mistral, *Tala*. Buenos Aires, Ed. Losada, 1972, pág. 171.

<sup>4</sup>Los artículos sobre los cuales se realizará la reflexión son:

- Una nueva organización de trabajo I. *El Mercurio*. Santiago, 12 de junio de 1927.
- Una nueva organización de trabajo II. *El Mercurio*. Santiago, 19 de junio de 1927.
- El voto femenino. *El Mercurio*. Santiago, 17 de junio de 1928.
- Los derechos del niño. *Repertorio Americano*, San José de Costa Rica, 18 de agosto de 1928.
- En el día de la cultura americana. *Revista América*. La Habana, enero de 1939.

Estos artículos serán citados en la recopilación realizada por Jaime Quezada en su libro *Gabriela Mistral. Escritos políticos*, México, F.C.E., 1994.

defensora de menores, creadora en la literatura de fábula infantil, artesana de juguetes, etc. El mundo rico que forman la medicina, las artes y las artesanías que sirven al niño, basta, es perfectamente extenso para que hallen en él plaza todas las mujeres, sólo que de ese reino no debe ser desterrada por el hombre, ni sufrir dentro de él competencia alguna" (257).

En relación a los derechos del niño, en un artículo de 1928, le reconoce a éste el derecho de tener a su madre cerca por medio del trabajo en el hogar y sugiere con pasión enorme que el 4º derecho del niño es el de la educación materna.

"a la madre presente, que no debe serle arrebatada por la fábrica o por la prostitución a causa de la miseria. Derecho a la madre a lo largo de la infancia, a su ojo vigilante, que la piedad vuelve sobrenatural, a su ímpetu de sacrificio que no ha sido equipado ni por el celo de la mejor maestra. Cuando menos, si la madre debe trabajar, derecho a que el niño la tenga a su alcance por medio del trabajo en el hogar.

Creación por el Estado de las cooperativas que permitan adquirir la pequeña máquina manual y doméstica posible, dentro de muchas industrias. Formación por las llamadas clases dirigentes, de fuertes instituciones o ligas de mujeres que impongan al comercio la manufactura doméstica.

Y si ni aún esto fuera viable en nuestros países mal organizados que no quieren crear tradiciones nuevas por respeto a tradiciones perversas, derecho a que la madre trabaje fuera del hogar en faenas suaves que no hagan de ella antes de los treinta años la bestia cansada y triste cuyo tercer hijo ya no recibe leche vigorosa". (pág. 279).

Incorporar a la mujer al trabajo masculino es para Gabriela una necesidad o una malicia. Necesidad en cuanto ella no podrá en muchos casos realizar adecuadamente un trabajo equivalente. Y malicia en cuanto ve con escepticismo la

"súbita generosidad con que el hombre ha aceptado la colaboración de la mujer, tal vez haya una parte del cálculo. La antigua compañera cuya mesa él costeaba, se ha convertido voluntariamente en un jornalero que aporta la mitad del presupuesto doméstico" (pág. 258).

De todas estas afirmaciones se desprende meridianamente que Gabriela no es una feminista como tanto quisieron algunas mujeres de su época y como tanto quieren las de la nuestra. A la pregunta directa al respecto, ella responde.

"me parece más honrado contestar un no escueto: me falta tiempo para entregar una larga declaración de principios" (pág. 255).

Sin embargo, hay en estos escritos un argumento fuerte, definitivo y bastante irónico que es una verdadera declaración de principios en torno al tema del feminismo...

Escuchemos sus palabras:

"Es todo un síntoma de estos tiempos el que en el último Congreso Internacional Feminista efectuado en París, haya salido de boca de mujer (y de una ilustre mujer representativa norteamericana) la proposición que dio la prensa francesa de que 'debían abolirse una a una las leyes que, concediendo a la mujer ciertas ventajas en el trabajo, le crean una situación de diferencia respecto del hombre'. Esta proposición de un absurdo que supera a todo adjetivo, comprende la supresión de la llamada ley de la silla, la supresión de la licencia concedida a la obrera un mes antes y otro después del alumbramiento, etc. La proponente estimaba que si la mujer esquiva cualquier carga masculina, disminuye a la vez su derecho al voto y a otras preeminencias legales del hombre. Sus partidarias hablaron de 'justicia matemática', de 'lógica pura' y de otras zarandajas.

Debates como éste sirven, dentro de su 'grotesco', para deslindar campos, para perfilar ideologías vagas y trazar netamente la doble teoría de las vírgenes locas y de las vírgenes prudentes de estas asombrosas asambleas. Hay un lote de ultra amazonas y de walkirias,

elevadas al cubo, que pide con un arrojo que a mí me da más piedad que irritación: servicio militar obligatorio, supresión de vestido femenino y hasta supresión del género en el lenguaje... y hay unas derechas femeninas que siguen creyendo que la nueva legislación debe estar presidida por el imperativo de la fisiología y que puede traducirse más o menos así: la mujer será igual al hombre cuando no tenga seno para amamantar y no se haga en su cuerpo la captación de la vida, es decir, algún día, en otro planeta, de esos que exploran los teósofos en su astral..." (págs. 254-255).

El segundo punto relacionado con la mujer que he seleccionado es el de la visión que ella tiene de la cultura latinoamericana.

La mujer americana no tuvo parte en el quiebre de la cultura europea. Fueron los hombres los que se ensoberbecieron con la técnica y despreciaron "las virtudes cristianas que precisamente las mujeres usábamos para la conservación del cuerpo espiritual del mundo" y para la educación de los hijos. Pero el no haber sido causante de la guerra no la deja como simple espectadora de esta gran desventura que también podría ocurrir en América...

"porque no se crea una legión de huérfanos al día siguiente de cada batalla sin que sea arrasada entera nuestra felicidad; no se arranca el mundo de sus viejos goznes morales sin que conmueva al pobre mujerío" (pág. 284).

La cultura individualista se había impuesto al humanismo y se rompió la convivencia. La máquina que se había creado para ayuda del hombre trajo hambre y desesperación.

Por todo esto la mujer quiere intervenir en la suerte de los pueblos, ella no cree que la cultura es una formación intelectual de tipo utilitario. Recordemos que en su concepto de formación Gabriela valora lo concreto, lo particular, lo existente frente a cualquier abstracción universal.

Para intervenir en la suerte de los pueblos de su raza, piensa que es necesario revivificar las fórmulas cristianas, que hay que crear un nuevo humanismo cuya fuente es la cultura griega, bautizada hoy más de verdad que como lo fuera en el Renacimiento (véase pág. 287).

En relación al tercer grupo de inquietudes, sólo recordar su fuerte preocupación por el derecho a voto para la mujer. Este tema se despliega en varios de sus textos. Citaré sólo uno de sus argumentos: "Desde que la revolución, que llaman grande, clavó con picota rotunda el principio de la representación popular, quedó por entendido que el voto correspondía... al género humano. Discutir sobre la extensión de este derecho no es serio y, cuando no prueba malicia, prueba estupidez" (pág. 261).

No son éstos los únicos temas atinentes a lo femenino en el pensamiento de la autora. Su preocupación por la mujer se remonta a los tempranos tiempos en que no habiendo publicado libro alguno, entrega su creación en diarios y revistas. Esta situación se prolonga desde 1904 a 1922. Sin embargo, en 1916, su producción literaria adquiere una mayor formalización al ser acogida en número notable en los libros de lectura de Manuel Guzmán Maturana. Libros en que aprenden a leer los niños chilenos por largos años y en que también lo hacen los de otros países hispanoamericanos.

La producción mistraliana volcada en estos textos no ha sido recogida ni estudiada. Los ejemplares de los libros de lectura son actualmente escasos. Por ello, a modo de presentar un texto hoy prácticamente desconocido, transcribiremos un poema que se refiere a Javiera Carrera. Poema que ya no responde a nuestra sensibilidad estética, pero que da testimonio de su temprana preocupación por la mujer.

Múltiples mujeres reviven en las páginas líricas y en prosa de Mistral. Heroínas de la historia, mujeres bíblicas, creadoras. También la simple mujer madre, hija, hermana paradigmáticamente representada en el ciclo "Locas mujeres" de *Lagar* bajo condiciones de desasida, abandonada, campesina, bailarina, etc.

Por ahora, a modo de homenaje, un poema olvidado y estas breves sugerencias que pretenden abrir la indagación en torno al problema de lo femenino en la perspectiva de Gabriela Mistral.

#### A JAVIERA CARRERA

*Mujer fuerte, tu nombre es la quemante rosa  
de la sien de la Patria, con severo laurel:  
la rosa de tragedia, la rosa dolorosa;  
para el español, garfio; para tus gentes, miel.*

*Era para tus hijos muy ancho tu regazo;  
era para tus noches muy grande tu canción,  
y cubriste la Patria bajo tu inmenso abrazo,  
y el dolor de cien pueblos rodó en tu corazón.*

*Las otras no rompieron su sosegado sueño;  
siguieron arrullando sólo al hijo pequeño,  
aunque estaba caída la Patria en su dintel.*

*La esclavitud manchaba el lino de tus cunas.  
Para mirar tus hijos, no quisiste ninguna  
sombra. En la tierra libre los besarás sin hiel.*

*Mujer fuerte, tu rostro parece llamarada,  
cuando dices, temblando, tu roja anunciación,  
y arrojas a los tuyos hacia la marejada  
y le nombras tu raza por quemante visión.*

*Y al traspasar, huyendo, la montaña tajeada  
sobre un picacho, erguida de coraje y dolor,  
miraste hacia la Patria, de vergüenza anegada,  
¡le echaste en tu mirada manto de resplandor!*

*Las campanas de Maipo para ti no cantaron:  
volaron por las pampas y caída te hallaron,  
abrazada a tus muertos, como en un nudo atroz.*

*La libertad fue sobre sus huesos a encontrarte.  
El alba de la Patria tuvo que empurpurarte,  
que subió de tus carnes a los cielos de Dios.*

*Que tu nombre la raza por siglos apaciente,  
y en la hora cobarde, le sea exaltación.  
Que madure sus sueños en el sol de tu frente.  
Le sea imperativo tu verbo de pasión.*

*Que las que aquí te nombran, comprendan tu hermosura  
y conozcan tu alianza del amor y el dolor,  
y las hagas capaces de toda tu amargura,  
para hacerlas capaces de todo tu fulgor.*

*Que el canto de las niñas oree tus mejillas.  
Que sientas a la raza decir en tus rodillas  
Su Padre Nuestro en cada mañana del Señor,*

*y siembre la maestra, bajo tu perfil mágico,  
sin un temblor de miedo tu santo trigo trágico  
de libertad, con mano llena de resplandor.*